

TUCÍDIDES Y EL PODER DE LA HISTORIA

DIRECCIÓN DE LA COLECCIÓN

Prof. Dr. Antonio Caballos Rufino. Universidad de Sevilla

CONSEJO EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Prof. Dr. Antonio Caballos Rufino. Catedrático de Historia Antigua
Prof.^a Dr.^a M.^a Antonia Carmona Ruiz. Prof.^a Tit. de Historia Medieval
Prof. Dr. Fernando Díaz del Olmo. Catedrático de Geografía Física
Prof. Dr. José Luis Escacena Carrasco. Catedrático de Prehistoria
Prof. Dr. César Fornis Vaquero. Catedrático de Historia Antigua
Prof. Dr. Juan José Iglesias Rodríguez. Catedrático de Historia Moderna.
Prof.^a Dr.^a Rosa María Jordá Borrell. Catedrática de Análisis Geográfico Regional
Prof.^a Dr.^a Pilar Ostos Salceso. Catedrática de Ciencias y Técnicas Historiográficas
Prof. Dr. Pablo Emilio Pérez-Mallaina Bueno. Catedrático de Historia de América
Prof.^a Dr.^a Oliva Rodríguez Gutiérrez. Prof.^a Tit. de Arqueología
Prof.^a Dr.^a María Sierra Alonso. Catedrática de Historia Contemporánea
Prof. Dr. Juan Luis Suárez de Vivero. Catedrático de Geografía Humana

COMITÉ CIENTÍFICO DE LA COLECCIÓN

Prof. Dr. Víctor Alonso Troncoso. Catedrático de Historia Antigua, Universidad de La Coruña
Prof. Dr. Michel Bertrand. Prof. d'Histoire Moderne, Université de Toulouse II-Le Mirail; Directeur, Casa de Velázquez, Madrid
Prof. Dr. Nuno Bicho. Prof. de Prehistoria, Univerdidade de Lisboa
Prof. Dr. Laurent Brassous. MCF, Archéologie Romaine, Université de La Rochelle
Prof.^a Dr.^a Isabel Burdiel. Catedrática de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia y Premio Nacional de Historia 2012
Prof. Dr. Alfio Cortonesi. Prof. Ordinario, Storia Medievale, Università degli Studi della Tuscia, Viterbo
Prof.^a Dr.^a Teresa de Robertis. Prof. di Paleografia latina all'Università di Firenze
Prof. Dr. Adolfo Jerónimo Domínguez Monedero. Catedrático de Historia Antigua, Universidad Autónoma de Madrid
Prof. Dr. Dominik Faust. Prof. für Physische Geographie der Technischen Universität Dresden
Prof.^a Dr.^a Gema González Romero. Profesora Titular de Geografía Humana, Universidad de Sevilla
Prof.^a Dr.^a Anne Kolb. Prof. für Alte Geschichte, Historisches Seminar der Universität Zürich, Suiza
Prof.^a Dr.^a Sabine Lefebvre. Prof. d'Histoire Romaine à l'Université de Bourgogne, Dijon
Prof.^a Dr.^a Isabel María Marinho Vaz De Freitas. Prof. Ass. História. Medieval, Universidade Portucalense, Oporto
Prof.^a Dr.^a Dirce Marzoli. Direktorin der Abteilung Madrid des Deutschen Archäologischen Instituts
Prof. Dr. Alain Musset. Directeur d'Études, EHESS, Paris
Prof. Dr. José Miguel Noguera Celdrán. Catedrático de Arqueología de la Universidad de Murcia
Prof. Dr. Xose Manoel Nuñez-Seixas. Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Santiago de Compostela
Prof.^a Dr.^a M.^a Ángeles Pérez Samper. Catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Barcelona
Prof. Dr. José Manuel Recio Espejo. Catedrático de Ecología de la Universidad de Córdoba
Prof.^a Dr.^a Ofelia Rey Castelao. Catedrática de Historia Moderna de la Universidad de Santiago de Compostela
Prof. Dr. Juan Carlos Rodríguez Mateos. Profesor Titular de Geografía Humana de la Universidad de Sevilla
Prof.^a Dr.^a Francisca Ruiz Rodríguez. Profesora Titular de Análisis Geográfico Regional de la Universidad de Sevilla
Dr. Simón Sánchez Moral. Investigador del Programa Ramón y Cajal, Universidad Complutense de Madrid
Prof. Dr. Benoit-Michel Tock. Professeur d'histoire du Moyen Âge à l'Université de Strasbourg

CÉSAR FORNIS, ANTONIO HERMOSA Y JESÚS FERNÁNDEZ MUÑOZ
(COORDINADORES)

TUCÍDIDES Y EL PODER DE LA HISTORIA



Sevilla 2019

Colección Historia y Geografía
Núm.: 359

COMITÉ EDITORIAL:

José Beltrán Fortes
(Director de la Editorial Universidad de Sevilla)
Araceli López Serena
(Subdirectora)

Concepción Barrero Rodríguez
Rafael Fernández Chacón
María Gracia García Martín
Ana Ilundáin Larrañeta
María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Manuel Padilla Cruz
Marta Palenque Sánchez
María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda
José-Leonardo Ruiz Sánchez
Antonio Tejedor Cabrera

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

Motivo de cubierta: Ilustración de la *Ward and Lock's Illustrated History of the World* (Nueva York, 1882) que muestra la destrucción del ejército ateniense en Sicilia durante la guerra del Peloponeso.

© Editorial Universidad de Sevilla 2019
C/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443
Correo electrónico: eus4@us.es
Web: <<http://www.editorial.us.es>>

© César Fornis, Antonio Hermosa y Jesús Fernández Muñoz (coords.) 2019

© De los textos, los autores 2019

Impreso en papel ecológico
Impreso en España-Printed in Spain

ISBN 978-84-472-2877-5
Depósito Legal: SE-875-2019

Impresión: Byprint

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	9
<i>Tucidides: la historia, entre retórica, tragedia y filosofía</i> Domingo Plácido (Universidad Complutense de Madrid)	15
<i>Il metodo in Tucidade: epistemologia e scrittura storica</i> Carlo Marcaccini	29
<i>Tucidides y su historia antigua: luces y sombras del escritor de antigüedades</i> César Sierra (Universitat Autònoma de Barcelona)	49
<i>Tucidides y la tiranía de los Pisistrátidas</i> Unai Iriarte (Universidad de Sevilla)	65
<i>Tucidides y la democracia</i> Laura Sancho Rocher (Universidad de Zaragoza)	101
<i>Tucidides y la antropología de la democracia. El demócrata en la "oración fúnebre" de Pericles</i> Antonio Hermosa Andújar (Universidad de Sevilla)	123
<i>Tucidides y el kósmos espartano</i> César Fornis (Universidad de Sevilla)	139
<i>¿Griegos o bárbaros? Tucídides y la asignación de identidades bárbaras a pueblos de la Grecia del norte y del noroeste</i> Adolfo J. Domínguez Monedero (Universidad Autónoma de Madrid)	161
<i>Tucidides y la guerra griega</i>	185
Fernando Echeverría (Universidad Complutense de Madrid)	
<i>Tucidides y el giro lingüístico en la historiografía contemporánea</i> Marc Domingo Gyax (Princeton University)	205

PRÓLOGO

El padre de la historia comienza con estas conocidísimas palabras su acto creador: «Esta es la exposición del resultado de las investigaciones de Heródoto de Halicarnaso para evitar que, con el tiempo, los hechos humanos queden en el olvido y que las notables y singulares empresas realizadas, respectivamente, por griegos y bárbaros –y, en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento– quede sin realce». La historia, ahí, es ya un ser vivo.

Además del gesto de marcado individualismo implicado en la autoafirmación del sujeto que la narra, pronto imitado por Tucídides, la extensa frase anterior aglutina una panoplia excepcionalmente relevante de ideas registradas todas ellas con el sello de la novedad. La historia, en tanto creación intelectual, suelta amarras de la épica y del mito, y los acabará sustituyendo como fuentes de la identidad de la comunidad; de un solo golpe el saber multiplica su condición inmanente y su humanización. Realza igualmente el proceso de democratización de la sociedad al situar al hombre común, y no al héroe o a los dioses, bajo el foco de su investigación; de este modo, por tanto, la realidad reemplaza la leyenda o el mito como teatro de la acción y como materia de conocimiento. Enfatiza asimismo el proceso de igualación de individuos y países, esto es, de construcción del concepto de Humanidad, al establecer, en una feliz contradicción, que los bárbaros –aquellos que en dicho inicio irrumpen sin más como lo no-griego– son dignos de tener historia, de ser recordados por su condición de autores de «notables y singulares empresas», algo que en principio sólo cabría esperar de los civilizados griegos, que por naturaleza sí saben hablar. *Last but not least* todo ello tiene lugar gracias a la aparición en la comunidad de un nuevo tipo de intelectual que compite con los físicos por explicar de manera coherente, unitaria e inmanente los fenómenos humanos o naturales que en ella o en el cosmos tienen lugar, acudiendo a cadenas causales que refutan las explicaciones sobre la administración de una sociedad o sobre la formación de un orden mediante acciones más o menos ligadas a la presencia de genealogías divinas.

Así pues, el conjunto del cuadro nos ofrece la imagen de un nuevo saber, una mirada nueva sobre la realidad provista de un nuevo concepto de verdad, desarrollado por alguien que no es filósofo pero que se halla junto a él durante el proceso de elaboración de una imagen de la naturaleza y la sociedad cada vez más depurada de sus gangas trascendentes. El objeto que ese nuevo saber mira es el devenir humano, aunque la lupa que le ayuda a fijar sus contornos en sus comienzos la aplique preferentemente a lo que quien la usa tiene junto a sí: su propio presente y el pasado más inmediato. Es ahí donde la verdad se siente más segura, en cuanto refrendada por la propia palabra del historiador que la construye. El resto del tiempo se va difuminando conforme pasa el tiempo, hasta sumergirse en esos dos agujeros negros de la historia que son el olvido o la leyenda. Pero lo que la historia modela de ese pasado actual e inmediato, el relato al que da forma con los hechos y en el orden seleccionados por ella, queda para siempre, y ese desafío de mantener en vida lo aparentemente muerto en cuanto que ya fue muestra en parte la grandeza de su poder. La historia es lo que impide pasar al pasado, al que por un lado inculca en la conciencia o en las acciones de los sujetos actuales y así lo preserva vivo y palpitante durante un periodo indeterminado; por otra, lo preserva igualmente en vida, incluso cuando ya no actúa, en el regazo de la escritura. Y las verdades a las que accede –aparte de la que ella misma se forja metodológicamente, y de la que enseguida daremos cuenta en el caso del propio Tucídides– nos revelan un escenario por entero diferente al de la dogmática metafísica, pues la historia establece sin paliativos que somos, y a la vez, cambio y permanencia. Un amable escepticismo y un saludable relativismo nos invita a juzgar desde ella los hechos, que de seguirse daría en sociedades más pacíficas y solidarias aun manteniendo su status de conflictivas; pero la historia testifica también sobre el porqué de la resistencia de los prejuicios a dejarse persuadir y desaparecer, y cómo entonces, por ejemplo, resulta paradójicamente posible, de un lado, constatar que los que hoy llamamos griegos antaño fueron (como los) bárbaros de hoy y, de otro, afirmar la existencia de una doble esencia humana en función de si se es griego (o romano, la excepción extranjera pronto reconocida en Grecia como civilizada) o no, y todo ello mientras ciertos griegos prodigan sus alianzas con bárbaros más poderosos material y militarmente que ellos para combatir a sus conciudadanos de cultura, o bien peleándose entre sí por ver quién es el más griego de todos.

¿Cuál es la verdad desde la que Tucídides narra y a dónde conduce? Responderemos con brevedad. Formalmente, las Historias constan de hechos y discursos, iluminando éstos a aquéllos desde diversos ángulos. Ahora bien, ni unos ni otros se presentan dados al historiador, sino que éste debe indagar en el magma de actos sucedidos en tiempos y espacios unas veces coincidentes y otras dispersos; y debe discriminar entre ellos y reunir los seleccionados bajo el yugo de un relato explicativo coherente. Es, pues, el historiador el que

construye la historia, quien decide lo que quedará del magma anterior y cómo: el autor de su orden y sentido. ¿Qué nos garantiza contra su arbitrariedad, qué nos preserva de que en un momento dado no oficie de político nacional y forje una leyenda con los hechos? En apariencia, nada, pero en realidad mucho: cuenta lo que otros también saben porque también lo han vivido y aspira a que su relato se objetive como cierto: como relato común. De ahí precisamente, la *pars destruens* de su método (I 20-22).

Los hechos que rehuirán el olvido haciendo historia deben salvar toda una carrera de obstáculos antes de serlo; el primero de todos lo interpone esa mayoritaria tradición de indiferencia ejercida por quien da mayor crédito a lo que oye que a cuanto es, que profesa una verdad transmitida de oídas y considera los intereses de quienes la componen indiferentes por naturaleza a todo ello. Así concluye Tucídides su disquisición: «¡Tan poco importa a la mayoría la búsqueda de la verdad, y cuánto más se inclinan por lo primero que encuentran!» (Th. I 20.3). El segundo es la divergencia de versiones sobre los mismos hechos declaradas por los testigos, en la que la ideología, la memoria o algún otro factor intervienen en la manipulación, sea ésta consciente o no. El tercero es retórico, por así decir: se trata de la capa de maquillaje con la que en ocasiones los poetas y cuando no los logógrafos pretenden embellecer sus correspondientes relatos al objeto de volverlos más atractivos y así aumentar su audiencia. Frente a ellos, quien sólo recurre al verbo austero con el que la verdad se relaciona con los hechos tiene en principio todas las de perder.

Tampoco los discursos escritos coinciden punto por punto con los discursos hablados, y ello por motivos ocasionalmente coincidentes junto a otros muy distintos de los aducidos en relación con los hechos, ya que el historiador es el principal, cuando no único responsable de los mismos, y el historiador busca la verdad. La montaña construida por la incuria, la ideología, el tiempo o, por partida doble, la estética no se escalará en esta ocasión; su tarea no sólo consistirá en airear pruebas frente a cualquiera de los enemigos anteriores, lo que bastará para disolver su frágil consistencia. Ahora hay que combatir dos obstáculos de suyo insalvables: la literalidad y la dislocación de los discursos. No es posible recordar hasta las comas de un discurso, y menos las de uno no oído en persona al haberse pronunciado en otro contexto contemporáneamente al sí escuchado.

La responsabilidad del historiador antes hechos y discursos tales es colosal y compleja. En el primer caso, desconfiar de uno mismo, de la aceptación inmediata de los hechos según le llegan, brutos, configura el prudente paso inicial del arte de escribir historia; sin discriminación en los materiales, sin cotejo con las versiones de terceros, sin deliberación personal sobre la información recibida, sin contacto directo o indirecto, pero fiable, con las fuentes fácticas y/o personales de los propios hechos, sin el esfuerzo de imparcialidad, todo cuanto venga después la verdad lo declarará abolido apenas lea la

página inicial del libro. Ahora bien, si lleva a cabo ese prodigio y la verdad da su visto bueno a la vida narrada por la historia, su autor habrá ensanchado los dominios de lo humano al ser capaz de engrandecer con una nueva figura intelectual el área del conocimiento al aportar a la misma una nueva disposición humana, a saber: la capacidad de actuar sin preferencias que determinen las reglas de la razón o los contenidos de la voluntad. Será entonces cuando, por así decir, no sólo su palabra, sino hasta su propia persona, podrá ser ofrecida como garantía de verdad ante el resto de la sociedad, de manera análoga a como el héroe Palamedes, en el relato ofrecido por Gorgias, ofrece su propia vida –modelada desde su más temprana edad al calor de las instituciones y tradiciones griegas, a falta de pruebas en el juicio que se le lleva a cabo merced a los amaños de Odiseo– como garantía de su inocencia. Era ésa una teatralización del poder de la Historia, de ese querer permanecer fieles a los ideales con los que nos identificamos frente a intereses materiales, un testimonio del poder de la historia similar al ofrecido aquí por el eximio historiador ateniense. Y del mismo modo, cabe añadir, cuando Hume proclame dos milenios muy largos después la existencia de una tercera verdad en la arena pública, la del filósofo, equidistante entre las partidarias de las fuerzas que gobiernan y la única, por eso, cierta, no hará sino revelar su condición de vástago de Tucídides en condiciones y contextos muy distintos de los de éste.

En relación con los discursos, tarea y responsabilidad no son menores, aunque sí más sutiles. Es menester reconstruir el discurso a partir del registro que la propia memoria haya hecho de él, más se habrán de cribar las impresiones del mismo a fin de reproducir la más fidedigna; lo cual requerirá asimismo correlacionar palabras y contexto y referir ambos al contenido del discurso. Añádase a eso el número de operaciones a realizar cuando los discursos provienen de terceros, del proceso depurador requerido antes de establecer la imparcialidad del transmisor de información y la objetividad del contenido transmitido. Es entonces cuando las partes constitutivas del todo discursivo hallarán su concierto y cuando, por tanto, la verdad estará lista para salir a flote una vez lo escuche. La intervención de la razón en dicho proceso carece del calado exhibido en el ámbito de la epistemología; no se le exige demostrar la coincidencia entre los fenómenos externos y las imágenes reproducidas por nuestros sentidos y nuestra mente de los mismos, ni deducir leyes de validez universal, como tampoco se le exigirá probar fidedignamente la imposibilidad de la coincidencia. En la historia debe mostrarse por parecer lo más neutral posible ante la catarata de testimonios que se van sucediendo sin tregua, evaluándolos de acuerdo con procedimientos que ignoren su partidismo, la indiferencia en su recepción o el maquillaje que los adorna, y llevar a cabo ese ritual echando mano de prudencia al seleccionarlos e insertándolos armónicamente en un contexto preestablecido al objeto de acreditar su verosímil

correspondencia con él. Será entonces cuando la experiencia bruta se articule en conjuntos de sentido.

Un sujeto que actúe con semejante proceder y fije de entre todos los acontecimientos los hechos precisos mediante los cuales una comunidad ya emancipada de su pasado arcaico se forja una nueva conciencia de sí misma y se otorga una nueva o renovada identidad, un historiador así, decimos, no sólo irrumpe de pronto en la sociedad como el artesano de la novedad, sino incluso, diríase, como su custodio natural. Parecería con ello entrar en competencia con ese sujeto al que la filosofía ha dotado de una prepotencia ingénita, que monopoliza la verdad y forma sectas de acólitos dispuestos a defenderla contra quien no se extasie al contemplarla y a castigar a quien no rinda pleitesía a su creador y dueño. Sin embargo, Tucídides, aunque afirma expresamente que el historiador debe actuar contra la masa de indiferentes, no sólo no reclama privilegios para su persona pese a su posición elitista, sino que ni siquiera afirma que ese proceder no esté al alcance de aquellos cuya conducta delata. No hay por tanto en su sistema, incluidas las consecuencias, prebendas para el autor; y su figura no suscita la reacción que espontáneamente aflora ante el tragicómico sabio estoico, víctima de su propia soberbia, y cuyos poderes suscitan más compasión que hilaridad; como tampoco aparece envuelto en esa aureola de peligro que desde un Platón a un Kant, por no hablar del interminable séquito posterior, han nimbado a un individuo que reclamaba el gobierno para sí o para el amo del que voluntariamente se yergue en valido al equiparar *Staatsform* y *Regierungsart*, vale decir, al equipar un real gobierno del pueblo regido por el Derecho al gobierno de un autócrata, frente a cuyas decisiones no cabe derecho alguno, investido del deber de gobernar en republicano, esto es, de hacer como si gobernara el pueblo real. El historiador, pese al vértice social que ocupa, no manda.

Con todo, la palabra del historiador, que como la del filósofo ha perdido ya todo resabio mágico, que al volverse laica, como dice M. Detienne, ha perdido cualquier parentesco con la palabra mántica del sacerdote, el rey o el poeta, no por ello ha perdido toda relación con el tesoro del conocimiento. Pese a la modestia con la que realiza su colosal trabajo, pese al gesto adusto que la caracteriza, a quienes en lugar de la distracción o el encanto busquen verdades sobre los seres humanos, los protagonistas absolutos del relato histórico –ya emancipado en Tucídides de los vestigios de los dioses que le emparentaban más a Homero que a Tales–, el genial historiador tiene una promesa que hacerles: su relato, para quienes «quieren tener un conocimiento exacto de los hechos del pasado y de los que en el futuro serán iguales o semejantes, de acuerdo con las leyes de la naturaleza humana», será suficiente si ellos lo consideraran útil, por la sencilla razón de que habrán hecho, en dicho campo, «una adquisición para siempre» (Th. I 22.4).

En suma, la aparente modestia de los medios puestos en juego al construir la historia choca frontalmente con los inauditos resultados a los que accede: saca a relucir en medio de la infinita polvareda de las acciones de los seres humanos las leyes que rigen su naturaleza, lo que tenemos en común todos los hombres en cuanto hombres, con independencia de tiempo y lugar, y con ello transforma al pasado en la garantía de que en el futuro reaparecerá. O, en otro contexto, saca a relucir la roca fuerte sobre la que resulta factible elaborar científicamente un conocimiento sobre el hombre desplegado en varios saberes.

Para acabar. Anteriormente nos hemos referido a la capacidad propia del relato histórico de mantener vivo lo pasado, lo en apariencia muerto, y de las diversas novedades traídas consigo, entre ellas el nuevo tipo de intelectual que arroja a la arena social en la figura de su autor. Ahora lo acabamos de ver descubriendo las leyes universales de la naturaleza humana a pesar de trabajar con unos instrumentos epistemológicos en apariencia tan lábiles y del sólido relativismo que indefectiblemente promana de su propia constitución al ser el cambio el sujeto de su quehacer (eso que convertía a la historia en el mejor antídoto conocido frente a «los cambios de la Fortuna», según Polibio). Es a ese conjunto de propiedades que, desde un punto de vista metodológico, derrotan al escepticismo en su propio terreno y que no conceden al nihilismo la menor excusa para levantar su cerviz, ya plenamente desarrolladas en la obra de Tucídides, a lo que llamamos el poder de la historia.

Los coordinadores
Universidad de Sevilla

TUCÍDIDES: LA HISTORIA, ENTRE RETÓRICA, TRAGEDIA Y FILOSOFÍA*

DOMINGO PLÁCIDO
Universidad Complutense de Madrid

1. LA HISTORIA

Tucídides presenta su obra como la Historia de un período clave por la implicación de todos los griegos, lo que en realidad significa “la humanidad”. La grandeza del tema (I 1.2: Κίνησις¹ γὰρ αὕτη δὴ μεγίστη) sirve de presentación, como en Heródoto, ofrece ἔργα μεγάλα τε καὶ θωμαστά (Prefacio). Tucídides escribe sin embellecimiento, para presentar su obra como *ktêma es aeí*. No porque los hechos se repitan, sino por lo que el tema puede enseñar sobre la naturaleza humana.

La guerra del Peloponeso se presenta como tema por ser la más memorable. No busca exponer lo contingente. Sólo los aspectos permanentes de las relaciones de los hombres entre sí.

Expone su concepción de la naturaleza humana a través de los hechos, no de preceptos, como ya observó Hobbes. La guerra es por otra parte escenario de la *stásis*². En la narración se juntan la guerra entre ciudades y la guerra civil, tal como se expone en el discurso de Hermócrates del libro IV³. El principio del libro (IV 1.2) señala inmediatamente que los siracusanos actuaron por miedo a los atenienses (φοβούμενοι τοὺς Ἀθηναίους). También señala el odio de los locros a los reginos (κατὰ ἔχθος τὸ Ῥηγίνων), lo que fue para ellos causa

* Proyecto de Investigación HAR2015-63549-P.

1. Κίνησις puede interpretarse como «movimiento» o «convulsión» (Hornblower 1991-2008: *ad loc.*), o sólo como el movimiento general que llevó la actual situación (Hammond 1952).

2. Los aspectos negativos de la *stásis* ya habían sido destacados por Píndaro. Ver Hornblower 2004: 76-78.

3. Sobre las características historiográficas de la narrativa de Tucídides, ver Dewald 2005.

de su intervención⁴. A su vez Regio ἐστασίαζε (1.3), fue escenario de la *stásis*, y los locros apoyaban a los exiliados. Se plantean así los inicios de la expedición a Sicilia, la defección de Mesina tras la intervención de siracusanos y locros. Intervienen de manera conjunta los conceptos de miedo, odio y *stásis*.

a. Historia maestra

Tucídides es ante todo un historiador y su relato histórico se halla inserto en un largo período derivado de la época micénica, que se expone en la Arqueología, y de una Historia del Imperio ateniense, que se expone en la Pentecontecia, para explicar el discurso imperialista de los atenienses enviados a Esparta (I 73-78): así se expone la formación del Imperio, sobre bases generales como las que conducen a la tiranía, que vienen a ser las que se enuncian como causa, como *próphasis*, de la guerra⁵, el crecimiento del poder ateniense. Allí se hacen alusiones a Maratón y se ofrece una filosofía del imperialismo⁶. Los atenienses son «los únicos» (73.4) y son por ello merecedores (75.1: ἄξιοί ἐσμεν), pero la primera causa del imperio es el temor, δέος (75.3); luego también viene la τιμή y la ὀφελία, lo que se repite en 76.2. El inicio del proceso se presenta como positivo en el discurso de Pericles (II 35-46): el Epitafio, ocasional y al mismo tiempo generalizador como modelo de oratoria.

El discurso fúnebre era una tradición ateniense que algunos atribuían a Solón. Se encuentra sometido a crítica irónica en *Menéxeno* (234C-235C) en boca de Aspasia. Es un modelo de la “Invención de Atenas”⁷. Desde 35.1, dice poner el énfasis en los actos (ἔργῳ) en el momento de definir su propio discurso (τὸν λόγον); continúa en 35.2, con la referencia a δόκησις (deliberación, opinión) considerado como un término favorito de Tucídides⁸. Defiende el saber como *eúnoia* (ξυνειδῶς καὶ εὖνονος), mientras que la ignorancia en cambio provoca envidia: ἄπειρος... διὰ φθόνον.

«Empezaré con los antepasados» (36.1): ἄρξομαι δὲ ἀπὸ τῶν προγόνων, es el comienzo del discurso. Utiliza el argumento de la autoctonía: οἱ αὐτοὶ αἰεὶ οἰκοῦντες como justificación del imperialismo, en uso de la historia al estilo de los atidógrafos, con el lema de que la libertad es producto de la *areté*, ἐλευθερίαν δι’ ἀρετῆν⁹, por la que se alcanza el poder. Pericles por su parte se identifica con la generación de los hijos de las guerras médicas; en 36.2, los

4. Hornblower 1991-2008: *ad loc.*

5. Connor 1985: 43.

6. Hornblower 1991-2008: *ad loc.*

7. Loraux 1981.

8. Gomme 1956: *ad loc.*

9. Hornblower 1991-2008: *ad loc.*

identifica como nuestros padres; y especifica «los que estamos en la edad madura»: ἡμεῖς οἶδε οἱ νῦν ἔτι ὄντες μάλιστα ἐν τῇ καθεστηκυῖα ἡλικίᾳ (36.3), junto a los antepasados remotos, pues «nosotros mismos hemos extendido el Imperio». Dice, sin embargo, renunciar a seguir el tono de los panegíricos (36.4): μακρηγορεῖν ἐν εἰδόσι οὐ βουλόμενος, como se verá en el de Isócrates. Así pasa al presente como argumento principal desde 34.4.

Ofrece una concepción de la democracia como paradigma de los demás, donde se relacionan en libertad los unos con los otros: τὰ τε πρὸς τὸ κοινὸν πολιτεύομεν καὶ ἐς τὴν πρὸς ἀλλήλους... (37.1-2), como en *Menéxeno* y en Eurípides, *Suplicantes*, 404-408¹⁰, en boca de Teseo: no manda un solo hombre, ἀλλ' ἐλευθέρα πόλις. Δῆμος δ' ἀνάσσει (manda la ciudad, el pueblo). La base se halla en que el rico y el pobre ἔχων ἴσον, se encuentran en igualdad de condiciones. En II 37.3, Pericles se refiere a la libertad política, ἐλευθέρως πολιτεύομεν, sin despotismo del pueblo, como amenazaría Platón en *República*, VIII 569C¹¹. El nombre de δημοκρατία significa el poder de muchos frente a pocos; en 38.1, hace referencia a la capacidad de Atenas para abastecerse gracias al Imperio, ἐκ πάσης τῆς τὰ πάντα (como Pseudo-Jenofonte, II 7). Todo se considera como propio.

Se trata de una concepción imperialista de las relaciones con los aliados, definidas frecuentemente como *douleía*. Los derechos de Atenas están basados en la victoria sobre los persas. «Nuestros padres» (36.2) fueron los que contribuyeron a formar el Imperio. La situación lleva a una autarquía imperialista: (36.3) αὐταρκεστάτην, autarquía considerada no sólo como autosuficiencia, sino como importación gracias al imperio. Tucídides adopta el papel de Pericles como representante de “los atenienses”¹². Su Historia es «posesión para siempre» porque en ella los acontecimientos adquieren validez universal.

b. Contextualización

La Historia de Tucídides se caracteriza por la contextualización del tema principal en dos grandes excursos. La “Arqueología” se presenta como una exposición general de las condiciones históricas, que se definiría como la referencia a consideraciones generales aplicadas a lo concreto. Se destacan así las relaciones entre pasado y presente a través de la alusión al poder en el pasado y en el presente, donde se observe la importancia de la navegación y el papel de la ganancia (*kérdos*) como causa de la grandeza de las ciudades, tema dominante en la Arqueología, a través de explicaciones descarnadas. El mismo

10. Gomme 1956: *ad loc.*

11. Gomme 1956: *ad loc.*

12. Cornford 1971: 15.

procedimiento se aplica a una escala menor, pero igualmente significativa al período de la Pentecontecia. En los libros correspondientes se halla la relación entre el poder y la riqueza vinculados a la fuerza naval¹³ a través de ejemplos como el de Minos y la talasocracia cretense. Como resultado de la fuerza naval adquirida contra los persas se explica la capacidad de dominio de los atenienses (I 18.2)¹⁴.

c. Las causas

Tucídides concibe las causas de tipo general como más importantes que los detalles, aunque entra en la descripción de éstos, como en el caso de la batalla de Mantinea en el libro V 64-75. Usa tanto el microscopio como el telescopio, según la expresión de Hobsbawn. Aparecen expuestas como opinión de los protagonistas o como intenciones en los discursos. En la narración se ocupa de las causas concretas, los asuntos de Potidea, Corcira y Mégara. Cornford extraña la poca importancia atribuida por Tucídides a esta última y la considera debida a su falta de interés en las relaciones comerciales, por lo mismo que no pudo prever tampoco la expedición a Sicilia, debido al mismo interés por la política occidental.

d. Nacimiento de la historiografía

Tucídides es el protagonista de la formación de una historiografía con consecuencias en historiadores posteriores, como Dion Casio. Se concibe como reflejo de los conflictos, como instrumento de percepción de los problemas. La historia se concibe así como obra de arte. El contenido se encuadra dentro de los esquemas mentales del autor, como decía Cornford. Así muestra éste su capacidad de conexión con sus contemporáneos. Es un producto del ambiente intelectual dominante, en que está presentes la retórica, el teatro, la filosofía.

En este modo de concebir la historia la guerra aparece como escenario privilegiado para el conocimiento de la naturaleza humana, que lo justifica en este caso la centralidad del tema de la guerra. Heródoto trató la guerra contra los persas, cuyo eje temático era la alteridad; Tucídides en cambio trata la guerra entre griegos. Los choques de culturas, entre griegos y bárbaros, egipcios y escitas, eran los protagonistas en Heródoto; los choques de ciudades y organizaciones políticas son los protagonistas en Tucídides, con el trasfondo de las clases (ὀλίγοι / δῆμος). Tucídides sabe que las instituciones espartanas

13. Kallet-Marx 1993: 3 *et passim*, esp. 37-69.

14. Connor 1985: 25.

tienen un objetivo social, controlar a los hilotas, como se ve en IV 80, donde se refieren a ellos en el contexto de los acontecimientos de Pilo. De la dependencia del bárbaro se ha pasado a la dependencia interna. La Historia de Tucídides es en cierto modo una explicación de este proceso.

El fondo de dicho proceso es el paso del imperialismo persa al imperialismo ateniense. El eje se encuentra en la conquista ateniense de Sesto, señalada por Heródoto, IX 114, con la retirada de los espartanos; comienzo para Tucídides del crecimiento ateniense, I 89: οἱ γὰρ Ἀθηναῖοι τρόπῳ τοιῶδε ἤλθον ἐπὶ τὰ πράγματα ἐν οἷς ἠϋξήθησαν.

Paralelamente, se señala el paso de los tiranos a la tiranía del Imperio, ambos representantes de la *hýbris*. Con ellos Atenas se transforma, de ser los promotores de la libertad de los griegos a los dominantes sobre griegos.

El temor se presenta como causa de la guerra argumentada en los capítulos sobre la Pentecontecia¹⁵, que se inicia con las consideraciones de I 88: «los lacedemonios fueron a la guerra, no por sus aliados, sino por miedo, al ver que casi toda Grecia estaba bajo el poder de Atenas».

Los lacedemonios fueron a la guerra por miedo: φοβούμενοι τοὺς Ἀθηναίους. Ello sigue a las consideraciones generales de la “Arqueología” sobre el poder. La causa general (*próphasis*) se sitúa por encima de los reproches o acusaciones concretas (*aitíai*) (II 23.4-6). Esta cuestión ha planteado diversos problemas en torno al papel de las “causas”, utilizadas como criterio de valoración por parte de la historiografía positivista. Por ejemplo, se ha matizado el sentido del verbo ἀναγκάσαι para evitar el carácter excesivamente determinista que puede poseer en relación con la *anáanke*¹⁶. Sólo en tanto en cuanto se ven obligados a elegir entre dos opciones negativas.

El temor de los espartiatas se manifiesta igualmente con relación a los hilotas, así se señala cuando habla de la expedición de Brasidas para librarse de los hilotas en 424, cuando los atenienses amenazan el Peloponeso (IV 80.3) hasta el punto de prometer la libertad. Las medidas fueron tomadas por el temor: φοβούμενοι. Pretexto para enviarlos fuera. De nuevo el problema interno está presente en el conflicto bélico.

Como historiador positivista fue valorado por Ranke: proporcionaría un reflejo objetivo de la realidad por su capacidad de estar presente y de vivirla. En el mismo sentido se argumenta sobre el uso de documentos, como en el caso de las inscripciones contra las tradiciones en el caso de Harmodio

15. Plácido 2013.

16. Ste. Croix 1972: 60-63; Connor 1985: 32.

y Aristogitón, o en el de los tratados anteriores a la Paz de Nicias en el libro IV, en los tratados entre Argos y Atenas y Argos y Esparta del libro V, en dialecto dorio.

Rousseau, en el *Emilio*, considera a Tucídides modelo de historiadores, porque expone los hechos sin juzgar, pero no omite nada para que juzgue el lector. De este modo se ocultaba a sí mismo.

Sin duda la Historia de Tucídides es el texto básico para el conocimiento de la historia tratada, por lo menos desde que fue considerado modelo por Ranke. Trata la Historia de los hechos, con ausencia de causas divinas y realismo político. Pero es más que un historiador positivista.

Frente a la crítica positivista surgió la reacción antipositivista, que considera a Tucídides sólo como literato, al estilo de los estudios de Haydn White, de donde deriva la necesidad de insertarlo en la Historia de la Literatura: Retórica, Tragedia y Filosofía.

2. RETÓRICA

El historiador está perfectamente integrado en su época, uno de cuyos rasgos dominantes es el dominio de la Retórica. A ella atribuye Tucídides la capacidad de Pericles para influir en el pueblo (II 65.1-13)¹⁷, e incluso para manipular sus emociones¹⁸, aunque todos sabían que sus efectos eran efímeros¹⁹, como se desprende del uso del verbo ἐπειράτο (II 65.1-2); los efectos sólo duraron hasta su muerte, pues luego hicieron lo contrario, ἐς τοῦνατίον ἔπραξαν (II 65.8). La eficacia retórica dependía de la capacidad personal del orador (*ibid.*), lo que lleva a Tucídides a referirse al poder personal (65.9)²⁰, aunque ello no debe interpretarse como una crítica de la democracia²¹.

Los discursos se usan en la obra como sistema de argumentación y por tanto están sometidos al criterio selectivo del autor²². No buscan por ello la reproducción de la realidad. Es la misma época de desarrollo y apogeo del movimiento de los sofistas, en cuyo lenguaje se hallan evidentes similitudes con el de Tucídides²³. Por ello en la obra se utilizan las antilogías, a veces a distancia, como en el primer discurso de Pericles pronunciado contra los argumentos esgrimidos por los corintios para atacar Atenas. Como tal puede considerarse igualmente el contraste entre los dos discursos de Pericles en el libro II: el

17. Gomme 1956: *ad loc.*; Hornblower 1991-2008: *ad loc.*

18. Duarte 2017: 89-91.

19. Connor 1971: 69.

20. Finley 1962.

21. Ste. Croix 1972: 27.

22. Hornblower 2004: 294.

23. Connor 1985: 13.

Epitafio triunfalista y el reconocimiento de la necesidad de animación en el momento más grave de la peste. Se ha producido la ruptura de los equilibrios que sostenían el optimismo del Epitafio. En II 60.4 («pues abatidos por las calamidades domésticas os despreocupáis de la salvación de la comunidad»)²⁴, reconoce el descontento de los ciudadanos, pero trata de combatir los reproches que reconoce justificados al tiempo que no deja de hacer notar la responsabilidad de los oyentes²⁵, dado que el interés común, τοῦ κοινοῦ τῆς σωτηρίας, debe estar por encima (60.1). El Epitafio era el discurso de aparato triunfalista donde se marca la peculiaridad de Atenas, II 39.1: διαφέρομεν.

En I 143, Pericles ponía de relieve el objetivo de la concordia por evitar los daños por la cuestión sobre la tierra que ha favorecido el enfrentamiento de campesinos y ricos frente al *dêmos*; acude como punto de apoyo a la insularidad, νησιῶται (143.5) igual que dice Pseudo-Jenofonte, II 14. Este discurso permanece en la línea de los discursos oficiales triunfales. El segundo, el Epitafio, habla de responsabilidades: ξυνέγνωτε, compartidas con los ciudadanos, que estáis implicados. Por ello hay muchos ejemplos del uso de segunda persona del plural. En la intervención de los corintios en I 70 se configuraría la descripción de la realidad que se expone en la narrativa, en este caso de Pilo en 425²⁶, con adjetivos como νεωτεροποιοί, ὄξεις (70.2), τολμηταί, κινδυνευταί, εὐέλπιδες (70.3) aplicados a los atenienses, frente a Esparta como un poder sin iniciativa ni agresividad²⁷. La narrativa de la Pentecontecia funciona como una confirmación de las ideas expuesto en el debate de Esparta²⁸.

Esto se relaciona con el protagonismo de los soldados en la toma de decisiones. El debate se prolonga entre Demóstenes y los demás, entre ellos Eurimedonte y Sófocles, acerca de fortificar Corifasio o seguir hasta Corcira (IV 3-4.1), ἀντιλεγόντων, aunque aquí no se expone a través de discursos: son los soldados los que toman la iniciativa, por estar ociosos, σχολάζουσιν. Y fortificaron el lugar y dejaron cinco naves con Demóstenes antes de que la mayor parte marchara a Corcira y Sicilia (5.2). Luego, cuando llega Cleón, también son los soldados los que se apresuran (29.2) a correr riesgos: ὄρμηντο διακινδυνεῦσαι. Se plantea el problema de las relaciones entre masa e individuo y la capacidad de la retórica para controlar al pueblo: después de Pericles, los políticos no eran capaces de guiarlo (VII 13.2). La carta de Nicias desde Sicilia se refiere precisamente a la indisciplina de τὰ πληρώματα. Lo confirma la narración en 72.4 de negativa de los soldados a embarcar tras la derrota²⁹.

24. Desde ahora, las traducciones de Tucídides citadas son las de A. Guzmán (Madrid, Alianza Editorial, 1989).

25. Gomme 1956: *ad loc.*

26. Rood 1998: 26.

27. Connor 1985: 40.

28. Connor 1985: 44.

29. Rood 1998: 30.

Los discursos son reflejo de una realidad conflictiva y dividida, indeterminada debido a las circunstancias históricas. Las consideraciones sobre el Imperio sólo están en los discursos, precisamente porque se trata de un tema controvertido. El enfrentamiento entre Cleón y Diódoto se expresa por medio de argumentos basados en conveniencia en ambos casos en la perspectiva del dominio imperialista; Alcibíades y Nicias reflejan actitudes contrapuestas en relación con la política agresiva de los atenienses con implicaciones que incluyen a las clases de edad; en el episodio de los melios se produce la sustitución del discurso por el diálogo, como reflejo de la violencia imperialista. El cambio de contenido de las palabras retrata la figura de Tucídides como historiador de la lengua. Los atenienses piensan persuadir a los melios a través del lenguaje³⁰.

La Retórica se sirve de la objetividad como procedimiento de persuasión, al usar un tono distante como método persuasivo. Sin embargo, Tucídides muestra la inutilidad de la persuasión retórica en las relaciones entre ciudades, en los casos de Platea, Melos, Corcira. Practica el alejamiento de las alusiones míticas, salvo para referirse a épocas remotas. Pero adopta la complejidad del contenido y de la forma, de modo que el discurso funciona como expresión de la complejidad, en la idea de que la realidad contiene fuerzas contrapuestas³¹. Evita en cambio el largo discurso sobre temas sabidos, propio de otros epitaños (II 36.4: μακρηγορεῖν ἐν εἰδόσι οὐ βουλόμενος), dice Pericles en el discurso fúnebre, «para no extenderme ante los que lo conocen».

La importancia de los discursos en la obra de Tucídides lo señala como opuesto a la escuela de Sócrates y Platón³². La antilogía se coloca frente a la dialéctica, como se ve en el *Protágoras*, en el dilema entre preguntas y respuestas por un lado y macrología por otro.

La contraposición entre *lógos* y *érgon*, fundamental en la obra de Tucídides³³, aparece por ejemplo en II 43.1: no sólo es necesario comprender por el discurso la necesidad de defender la ciudad, sino que es necesario actuar.

La defensa del discurso como maestro de las acciones se expresa en Diódoto, en III 42.2. Habla de *agón* para referirse a su enfrentamiento con Cleón (44.1). En 44.4, expone los problemas sobre el concepto de justicia en las relaciones entre ciudades³⁴. Diódoto, en 47.1, defiende que el *dêmos* de todas las ciudades les es favorable. Los considera *evérgetas* (47.3).

30. Orwin 1994: 97-100.

31. Sobre la complejidad que informa toda la obra, Connor 1985: 12.

32. Mazzarino 1965: 405.

33. Hornblower 2004: 317; Dewald 2005: 8.

34. Ste. Croix 1972: 17.

3. TRAGEDIA

Tucídides parece haber asimilado la teoría trágica de la naturaleza humana tomada de Esquilo³⁵. En él se aprecia el proceso de la peripecia, como en la tragedia. Con el cambio de posición en Pilo, los espartanos quedan encerrados (IV 12.3: «Hasta este extremo había cambiado la suerte: los atenienses rechazaban desde tierra –y tierra laconia– a los lacedemonios, que atacaban por mar y a su vez intentaban desembarcar en su propia tierra, ahora en poder del enemigo»): περιέστη ἢ τύχη, los atenienses pasaron a combatir en tierra y los espartanos desde las naves; en Sicilia, los atenienses quedan encerrados. Los espartanos no se lo esperaban³⁶, esperaban tomar fácilmente el edificio: ἐλπίζοντες ῥαδίως αἰρήσειν οἰκοδόμημα (IV 8.4). Pero luego los acontecimientos se precipitan y la narración también, con los movimientos de hoplitas espartanos y la flota ateniense (8.7-9)³⁷. Los últimos hoplitas fueron hechos prisioneros. Por otra parte, con Brasidas, los espartanos se convierten en navegantes.

En IV 14.2-3, relaciona directamente la derrota espartana de Esfacteria con Atenas, y señala el cambio estratégico: ahora los atenienses combaten por tierra y los espartanos por mar. Al principio cada uno pensaba que no era su momento (14.2). Los lacedemonios luchaban una batalla naval desde tierra (14.3). El triunfo de lo inesperado aparece reflejado en el discurso espartano (17.4)³⁸, que lo atribuye a *eutychía*. La referencia a las Termópilas en 36.3, parece destacar el hecho de que se rindieran³⁹, donde compara «lo pequeño con lo grande». La expresión de Tucídides, con una cierta alusión a Heródoto, VII 175 a través del término ἀρτραπῶ, parece indicar que se esperaba otra resistencia heroica⁴⁰.

La reversión más fuerte, de todos modos, cuando los atenienses aparecen en VII 71.7, en Sicilia como víctimas de lo mismo que habían causado a los espartanos en Pilo: Παραπλήσιά τε ἐπεπόνθησαν καὶ ἔδρασαν αὐτοὶ ἐν Πύλῳ. La situación desesperada se relaciona con la destrucción de las naves⁴¹. El cambio viene señalado desde el principio (I 118.2), cuando Tucídides reflexiona que, después del fortalecimiento de Atenas, la situación se hizo inadmisibile y pensaron que habían de abatir la fuerza de esta ciudad (καθαιρετέα ἢ ἰσχύς), cuando los espartanos con el desarrollo de la guerra muestran προθυμία, ἐπιχειρετέα πάση προθυμία, característica propia de los atenienses⁴². La *peripéteia* está

35. Cornford 1971.

36. Rood 1998: 34.

37. Rood 1998: 35.

38. Rood 1998: 38.

39. Rood 1998: 37.

40. Hornblower 1991-2008: *ad loc.*

41. Hornblower 1991-2008: *ad loc.*

42. Rood 1998: 7-8.

presente tanto en la historia total como en los episodios concretos. La peripecia que Aristóteles atribuía a la tragedia y en especial al *Edipo Rey*.

La guerra se convierte en *stásis*, desde la *stásis* de Corcira (III 83: Οὕτω πᾶσα ἰδέα κατέστη κακοτροπίας διὰ τὰς στάσεις τῷ Ἑλληνικῷ: «Fue así como a causa de las guerras civiles, la depravación bajo todas sus formas se expandió por el mundo griego»). La guerra se revela como el escenario privilegiado de lo inesperado (I 78.1, los atenienses ante la asamblea espartana): «Meditad de antemano, antes de que ocurra, cuán grandes e incalculables son las alternativas de la guerra, porque ésta, prolongándose, suele las más de las veces exponerse a los golpes de la fortuna, y de ésta ambos distamos por igual, y el peligro se resuelve sin que se sepa en qué sentido se decantará»). La fortuna imprevisible aparece como protagonista. Los atenienses advierten que con la guerra triunfa lo irracional, τοῦ πολέμου τὸν παράλογον. Lo inesperado permanece como factor predominante a lo largo de todo el libro II⁴³.

El temor a los atenienses se convierte en temor de los atenienses. La reacción por miedo a los atenienses termina como reacción victoriosa. El discurso de Hermócrates en el libro IV 59-64 señala este cambio: «iguales en el temor», ἐξ ἴσου γὰρ δεδιότες (62.4), siempre que los sicilianos estén unidos, el miedo a los atenienses puede convertirse en arma contra los atenienses, entre los éxitos de Pilo y los reveses ante Brasidas. La frase de Hermógenes sobre lo inescrutable del futuro recuerda las transformaciones desde los éxitos del pasado a las advertencias ante los cambios del futuro⁴⁴. Lo malo es estar dispuestos a someterse (61.5) ante los poderosos ocasionales. Por ello Pericles se negaba a hacer concesiones ante las exigencias espartanas, para que no pareciera que los atenienses tenían miedo (I 140.5), ὡς φόβῳ καὶ τοῦτο ὑπακούσαντες⁴⁵.

El pueblo ateniense se convierte de esclavizador en esclavizado. En el plano político, Cleón habla claramente de tiranía; en cambio Pericles se refería a la *cháris*, como modo de dominio no tiránico, pero que puede llevar a la tiranía. La tiranía es injusta, pero renunciar a ella es peligroso. En II 63.2, en su tercer discurso, afirma: «Porque para ahora ya lo habéis convertido en una tiranía, cosa cuya consecución se piensa que es injusta, pero su abdicación peligrosa». Así advierte del peligro de desear la tranquilidad como un *andragathós*, ἀπραγμοσύνη ἀνδραγαθίζεται. Si llegan a ser autónomos podrían destruirlos (63.3): la salvación dependen de la acción, τὸ γὰρ ἀπραγμον οὐ σῶζεται μὴ μετὰ τοῦ δραστηρίου τεταγμένον. Se trata de la disyuntiva entre libertad y esclavitud, δουλείας ἀντὶ ἐλευθερίας (63.1). Alcibiades es al mismo tiempo oligarca y demócrata. La ambigüedad del personaje refleja las preocupaciones

43. Connor 1985: 53.

44. Hornblower 1991-2008: *ad loc.*

45. Connor 1985: 47.

morales de Tucídides⁴⁶. Por otra parte la historia se mueve por las decisiones de los individuos, como en el caso de los héroes trágicos.

Del Imperio del *dêmos* se pasa a la esclavización del mismo. Heródoto contraponen el imperio bárbaro a la esclavización del bárbaro⁴⁷; Tucídides en cambio complementa el imperio sobre griegos con la esclavización de griegos. Utiliza los procedimientos de la tragedia, desde *Edipo Rey* a las *Troyanas*. En el planteamiento del poder de Tucídides, la derrota ateniense no puede explicarse de modo lineal. Las consideraciones iniciales sobre el poder de Atenas resultan por ello irónicas.

La necesidad de hacer la guerra para preservar la libertad conduce a la destrucción, lo mismo que la necesidad del Imperio como impulso irrefrenable. La gloria se caracteriza porque termina en fracaso, como se ve en los casos de Pausanias o Temístocles. Así se presenta el final de la expedición a Sicilia: «...el conjunto de sus penas... no parecían fáciles de sobrellevar en la actualidad, especialmente al tener en mente la situación de esplendor y orgullo de que habían partido y el humillante final al que habían llegado» (VII 75.6); del brillo y orgullo a la humillación, ἀπό ... λαμπρότητος... ἐς ταπεινότητα, en una evolución no lineal, sino contradictoria. Se trataba de la mayor desgracia sucedida a un ejército griego: en lugar de esclavizar temer caer en ello (75.7): ἀντί μὲν τοῦ ἄλλους δουλωσομένων ἦκειν... δεδιότας μὴ πάθωσι.

4. FILOSOFÍA

La filosofía de la ley del más fuerte aparece como una constante, del mismo modo que los personajes de Calicles o Trasímaco en los diálogos platónicos. Ésa sería la verdadera naturaleza de los hombres, unida a la necesidad de acción y el desprecio de la «tranquilidad». Nadie puede resistirse al deseo de poder. La violencia de la guerra se complementa con la violencia interna en la ciudad. Nada, ni la ley ni la amenaza, es capaz de contener la naturaleza humana, como en III 45.7: (en boca de Diódoto): «En pocas palabras, resulta imposible (y es un ingenuo quien lo piense) que cuando la naturaleza humana aspira decididamente a realizar una empresa, pueda encontrarse algún impedimento, sea en la fuerza de la ley o mediante cualquier otra amenaza, que la haga desistir»; ni la naturaleza del hombre individual ni la colectiva, τὰς πόλεις. Sólo funciona la conveniencia, cuando se trata de las cosas mayores, περὶ τῶν μεγίστων τε, ἐλευθερίας ἢ ἄλλων ἀρχῆς. Tal es asimismo el punto culminante en el diálogo de los melios: no valen los argumentos basados en la justicia. Está sometida a la «necesidad» (*anánke*). Se trata de una Filosofía

46. Forde 1989: 9.

47. Plácido 1999.

producida por una realidad histórica conflictiva, el imperio y la dominación. En III 45.6, Diódoto había relacionado la libertad con el dominio sobre otros, como hará Maquiavelo. Es la ley del más fuerte (48.2): *kreísson*. Es temible para los enemigos la decisión prudente frente a los adversarios mejor que la insensatez. Cleón y Diódoto debaten sobre las formas, pero coinciden en defender el imperialismo como objetivo.

En el diálogo de los melios del libro V tiene lugar la renuncia de los atenienses al discurso seguido por temor a las masas: οἱ πολλοὶ... (V 85). Los melios los acusan de primar el interés sobre la justicia: *παρὰ τὸ δίκαιον τὸ συμφέρον* (V 90). Los atenienses responden que «vuestro odio es prueba de nuestra fuerza»: *τὸ δὲ μῖσος δυνάμειος παράδειγμα* (V 95). No debéis considerar vergonzoso someteros a una ciudad más poderosa (V 111.4). Por ello, Forde⁴⁸ considera que la importancia del diálogo no se debe al papel del acontecimiento en la guerra sino a su capacidad de mostrar los argumentos imperialistas de los atenienses.

5. RESULTADO

Tucídides se presenta como historiador por su capacidad totalizadora, la totalidad desde todos los caminos. Pero es autor asimismo de una obra literaria atractiva por su profundidad en la observación de las relaciones humanas; es obra histórica por su acercamiento a las relaciones humanas en su historia. Exhibe la capacidad de descripción de las situaciones según los elogios de Plutarco, *Sobre la gloria de los atenienses*, 3 (= *Morales*, 347a): *τῶν ἱστορικῶν κράτιστος*, y al mismo tiempo la representación más artística. Hace así del lector un espectador. Plutarco destaca la *ἐνάργεια*..., *ταρακτικὰ πάθη*, la viveza y las emocionantes sensaciones. En *Vida de Nicias*, 1.1, se declara incapaz de emular el patetismo, la energía y el colorido de Tucídides. Declara además la dificultad de dar más crédito a poetas o logógrafos (I 21.1). Tucídides es fuente histórica en cuanto obra literaria, frente a la disyuntiva de Haydn White, que se refiere a los historiadores como literatos sólo⁴⁹. Tucídides es descarnado como la realidad misma. Trata de las circunstancias de la naturaleza humana en un momento histórico preciso y sus mecanismos de comportamiento, más allá de la historia de los hechos. Para ello usa medios literarios que ayudan a comprender la realidad histórica, con los recursos propios de su época: la retórica y la tragedia.

48. Forde 1989: 3.

49. White 1973.

BIBLIOGRAFÍA

- CANFORA, L. 1999: *Il mistero Tucidide*, Milano.
- CONNOR, W. R. 1971: *The New Politicians of Fifth-Century Athens*, Princeton.
- 1985: *Thucydides*, Princeton.
- CORNFORD, F. M. 1971 [1907]: *Thucydides Mythistoricus*, Philadelphia.
- DEWALD, C. J. 2005: *Thucydides' War Narrative. A Structural Study*, Berkeley-Los Angeles-London, 2005.
- DUARTE, R. M. 2017: «La parole qui guérit dans la tradition judéo-chrétienne et la rhétorique grecque: un parallèle», *Eclás* 152, 85-109.
- FINLEY, M. I. 1962: «Athenian Demagogues», *P&P* 21, 3-24 (= M. I. Finley, *Studies in Ancient Society*, London-Boston, 1974, 1-25).
- FORDE, S. 1989: *The Ambition to Rule. Alcibiades and the Politics of Imperialism in Thucydides*, Ithaca-London.
- GOMME, A. W. 1956: *A Historical Commentary on Thucydides*, II, Oxford.
- HAMMOND, N. G. L. 1952: «The Arrangement of the Thought in the Proem and in Other Parts of Thucydides», *CQ* 2, 127-141.
- HORNBLOWER, S. 1991-2008: *A Commentary on Thucydides*, I-III. Oxford.
- 2004: *Thucydides and Pindar. Historical Narrative and the World of Epinikian Poetry*, Oxford.
- KALLET-MARX, L. 1993: *Money, Expense, and Naval Power in Thucydides' History 1-5.24*, Berkeley-Los Angeles-Oxford.
- LORAUX, N. 1980: «Thucydide n'est pas un collègue», *QS* 12, 551-581.
- 1981: *L'invention d'Athènes. Histoire de l'oraison funèbre dans la «cité classique»*, Paris.
- MAZZARINO, S. 1965: *Il pensiero storico classico*, I, Bari.
- ORWIN, C. 1994: *The Humanity of Thucydides*, Princeton.
- PLÁCIDO, D. 1999: «La *doubleía* en Heródoto: imperialismo persa y relaciones de dependencia», en *Tês philíes táde dôra. Miscelánea léxica en memoria de Conchita Serrano*, Manuales y Anejos de Emerita XLI, Madrid, 681-688.
- 2013: «Tucídides, el miedo y la Guerra del Peloponeso», en O. Ette, C. Naranjo, I. Montero (eds.), *Imaginario del miedo. Estudios desde la historia*, Berlin, 259-268.
- ROMILLY, J. de 1990: *La construction de la vérité chez Thucydide*, Paris.
- ROOD, T. 1998: *Thucydides. Nature and Explanation*, Oxford.
- STE. CROIX, G. E. M. de 1972: *The Origins of the Peloponnesian War*, London.
- WHITE, H. 1973: *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, Baltimore-London.

